

RODOLFO PALACIOS

SIN ARMAS NI RENCORES

**EL ROBO AL BANCO RÍO
CONTADO POR SUS AUTORES**



SIN ARMAS NI RENCORES

EL ROBO AL BANCO RÍO
CONTADO POR SUS AUTORES

Rodolfo Palacios

 Planeta

Noticia

Este libro es producto de una investigación de ocho años. El autor consultó expedientes, entrevistó a fuentes judiciales, policiales y bancarias. Este es el relato del robo considerado como el mejor de la historia policial argentina. La historia se reconstruyó a través de los testimonios de seis de los ladrones que protagonizaron el asalto, entre ellos el líder e ideólogo. Solo uno de los delincuentes aparece con su identidad cambiada, por cuestiones legales. Puede decirse que el libro es la versión de la banda que ejecutó el robo del siglo.

PRÓLOGO

El robo imposible de los ladrones invisibles

por Andrés Calamaro

He oído contar que los delincuentes que asisten a un espectáculo teatral, se han sentido a veces tan profundamente impresionados por el solo hechizo de la escena, que en el acto han revelado sus delitos; porque aunque el crimen no tenga lengua, puede hablar por los medios más prodigiosos.

Hamlet, WILLIAM SHAKESPEARE

Este libro comprende y comparte la génesis y el desarrollo del gran golpe del siglo, considerado uno de los cinco asaltos más importantes del mundo; de los más inteligentes, los más logrados y mejor concebidos de la historia de la delincuencia a gran escala. Este libro piensa como los ladrones, y habla con el verbo de los protagonistas del robo al Banco Río, sucursal Acassuso. Un asalto lleno de detalles que lo hacen único; sin armas ni lastimados, el robo ideológico... El plan perfecto.

El gran golpe presenta un inusual perfil cannábico, tiene su origen en el pensamiento creativo de una generación que fuma porros con cotidiana naturalidad, un asalto de generación rockera, especialistas veteranos que recuentan la historia con sus propias palabras.

Se cree que en la Argentina hay 700 mil cajas de seguridad que contienen 40 mil millones de dólares. Y que en un cofre

caben 300 mil dólares. Hasta el robo del Banco Río, ese era el refugio más confiable del dinero, más confiable que el colchón. Sobre todo después de la crisis de 2001. Pero el golpe de estos bandidos demostró que nada es confiable: nada es seguro. La Justicia cree que robaron 19 millones de dólares y 80 kilos de joyas y alhajas.

Este libro (que narra con detalles —y en primera persona— el origen ideológico, la organización humana, la puesta en escena y el epílogo de “el golpe del siglo”), también tiene el nombre propio de Rodolfo Palacios, el más genuino y autorizado narrador de la historia delincriminal y criminal de la Argentina; a su manera —y con rigor histórico— nos ha llevado por entre los secretos de una historia que es historia también; marginal, perfectamente real y cultural autóctona, cosmopolita e iconoclasta. Literatura, crimen, tango, cine, asaltantes, rock y el territorio prohibido. Los rebeldes.

Ya se ha dicho que mi querido amigo Rodolfo, el intelectual (o escriba) del hampa, no juzga, que escribe con compromiso y con afecto por estos personajes, heroicos antihéroes —a su manera— del verdadero “western” nacional. Palacios busca a los siete samuráis del gran asalto al Banco Río y los encuentra, entonces los conocemos y leemos el relato original de los hechos que hicieron de aquella una fecha histórica (¿fechoría histórica?). Un asalto de esta envergadura visto por televisión por millones de ciudadanos es un momento inequívocamente cultural y social, además de específico hito entre los asaltos habidos y por haber.

Un soplo de lirismo amoral en un tiempo donde descreemos de cualquier mecanismo estatal, político o ideológico.

El 13 de enero debería ser declarado fecha patria... del hampa.

Rodolfo presenta al ideólogo, que espera anónimo el momento de aparecer para contar la “historia de esta historia”.

Entonces conocemos a los protagonistas, el casting de la banda, la previa y la producción de un asalto hecho en dos mun-

dos paralelos (asalto con toma de rehenes arriba, boqueteada abajo) que quedará en la memoria de muchos.

Quizás nada sea igual después de este atraco, ni para el ideólogo ni para sus compañeros ni para los vecinos de Acasuso (un barrio pudiente a orillas del Río de la Plata) ni para aquellos que guardaban joyas o billetes en las cajas de seguridad, ni para los empleados bancarios o los clientes a quienes les tocó ser testigos de este hecho extraordinario, especial en su origen, en su ideario e ideología, en su planteo de asalto sin armas ni violencia; el robo imposible de los ladrones invisibles, que se dieron el gusto de largarse de allí, según lo planeado, con tiempo para ver por televisión el asedio de cientos de policías en torno al banco. Después de fugarse como los piratas de una epopeya griega. Un golpe que probablemente hubiese podido imaginar la mente inspirada de Tarantino, que aprendió a escribir diálogos y escenas bandidas cuando en su juventud compartió celda con un grupo de hampones que le enseñaron su mundo. Este golpe tuvo personajes heroicos: el Hombre del traje gris, que antes era hombre araña en la cornisa; un superhéroe de los bajos fondos que compone canciones y tiene club de fans; Beto con peluca y delantal como un cómico sin tiempo; el líder y sus absortos creativos; el hombre invisible y el paisano. Elenco maldito de un golpe que ya se instala como el gran guion del cine argentino prometido. La obra de arte de los robos a bancos.

Muchas cosas hacen de este episodio algo especial, de ribetes únicos en la historia, y acaso irrepetible; el ideólogo no es un ladrón de pedigrí, es un maestro de artes marciales que cultiva cannabis y pinta cuadros. Además va a necesitar el desempeño de ladrones confiables, de temperamento y encarnadura moral, hombres duros y hábiles, inteligentes. Así se forma la banda mientras leemos esta obra delincencial literaria y participamos de sus diálogos; nosotros, testigos de privilegio gracias a la investigación y el compás literario de Palacios.

Somos el octavo samurái mientras leemos este libro con hambre de leer la página siguiente y saberlo todo; es a esta clase de libros que nos llevamos al baño para aprovechar leyendo ese momento de inevitable intimidad.

Mientras dure nuestra lectura, somos socios del silencio y formamos parte del robo más singular y logrado de la historia criminal argentina, de guante blanco y con el detalle de la poesía y la botella de champaña. Bienvenidos al gran golpe, universalmente aceptado como uno de los mejores e inigualables.

Un robo que respetó el legado de Ronald Biggs, el ladrón británico de trenes que inspiró una canción de Sex Pistols, cuyo principio filosófico del crimen era ensayar cada movimiento como se ensaya una obra de teatro o un repertorio musical.

Conozco al “hombre invisible”, uno de los históricos miembros de la banda, desde hace quince años. Y antes de conocerlo ya le habíamos escrito una canción, mano a mano con Jorge Larrosa: “El Bocho de la Zurda”.

Los ladrones también piensan.

Su nombre fue un pasaporte para ganarme la confianza de grupos cerrados y recelosos de rufianes que son mis grandes amigos.

Vino a mi casa del barrio de la Recoleta y juntos escuchamos su canción, también cargamos en brazos a Dylan, con la premura de quienes saben que sostienen a un frágil niño de apenas un mes de vida..

Nunca le pregunté nada porque entendí que había que comportarse como un amigo, mostrar y generar confianza, respetar el silencio de los pistoleros y prestarse a escuchar solo lo que quieran contarnos.

Quizás equivocadamente.

Quizás esperaba de mí más preguntas para regodearse en anécdotas y episodios dignos de ser contados y escuchados.

Pero me comporté como uno más, ofreciendo mi discreta pero sincera humanidad.

Nos vimos en algún cumpleaños del “Gallegordo”, y en alguno de mis recitales en el Luna Park. No me costó adivinar que “el hombre invisible” podía estar detrás del golpe maestro de Acassuso, en mi imaginación era el estratega, en la narración de Rodolfo Palacios, “el tercer hombre”... *The Third Man*. El tercero en orden de aparición y el segundo en sumarse a la banda del líder.

Estos últimos ocho años fueron de tensa tranquilidad, me llegaba información confiable pero como ocurre que el hombre invisible tiene (razones sobran) el don de la invisibilidad, no lo vemos ni lo vi hasta hace poco tiempo. Nos fundimos en un fraternal abrazo y dimos cuenta de una buena charla, unas achuras y una carne asada.

De un tiempo a esta parte, mis amigos son atracadores de bancos, gánsters, piratas y toreros. Como escribió Nietzsche, los delincuentes son el hombre fuerte ante condiciones adversas. Tenaces y artistas.

Con este libro en marcha terminé de saberlo todo, o todo lo que nos quieren contar sus protagonistas, que es mucho.

La increíble historia del líder, o maestro, como lo llaman algunos de sus camaradas, nos lleva de la mano para contar su robo. Vive como ese principio de las artes marciales que practica: los obstáculos pueden convertirse en puentes. Lo conocí a través de unos amigos en común. En una parrilla de Villa Crespo. A pesar de ser quien es, y de la capacidad de “desempeño” formidable que tiene (vivir en la montaña, entrenarse con artes marciales, asaltar bancos, pintar cuadros y tirarse en paracaídas), siento algo familiar en el cannábico genio de los bancos.

Una vez, tras un encuentro en el que hablamos de la existencia, le escribí estas palabras:

“La patria es el chorro”.

El Renacentista

Como tiene que ser el cuadro que
convenció a los más bravos ladrones
de embarcarse en el robo del siglo
en la aventura del túnel de quince metros
en un ángulo de 69 grados
“el túnel del amor”
el hombre besando al destino,
el renacentista
que vuela en paracaídas
y aterriza con su arte marcial
y su ADN suicida
para fundar una familia sin cadenas
ni esposas...
Paradojas de la vida del renacentista,
que tiene todo calculado
incluso un cuadro capar
de tridimensional
Convencer a los más bravos ladrones que
esto
aquello
era en serio
y posible
imposible

Con nombre y apellido, Rodolfo Palacios nos presenta la gé-
nesis, la ideología y los detalles del gran robo al Banco Río.
¡Arriba las manos!

Madrid, mayo de 2014

PRIMERA PARTE

La búsqueda

Es curioso cómo trazamos esa línea, aquella que divide lo legal de lo ilegal. Lo que he descubierto es que el miedo es la peor parte de todo.

Ese es el enemigo real. Debes tener imaginación, pensar en grande.

El conocimiento es poder.

Walter White, Breaking Bad

Nada por aquí, nada por allá

Cuando la puerta del banco se abrió, el cabo Medina se escondió detrás de un árbol y sacó su pistola. El ladrón encapuchado salió con un rehén. La víctima tenía cara de pánico y temblaba, como le pasaría a alguien que es obligado a caminar mientras le apoyan una pistola en la cabeza y, por lo bajo, le dicen: “Quietito o te mato”. Y todo por estar en el lugar equivocado a la hora equivocada. Hasta hace unos minutos era un simple cliente que hacía una cola para realizar un depósito o cobrar un cheque. Ahora era un escudo humano, una especie de prolongación del cuerpo atlético de un pistolero que parecía dispuesto a causar una masacre con tal de escapar. Como Al Pacino en *Tarde de perros*, solo que no pidió un helicóptero para huir a otro país, no armó un circo y esto no era un set de filmación sino un escenario de la realidad.

—¡Alto! ¡Policía!

La voz de alto alcanzó para que el rufián volviera sobre sus pasos y tratara de escapar hacia el otro lado.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Quietito o disparo!

Esta vez, el grito llegó desde atrás de una patrulla.

El pistolero tomó fuerte a su rehén y retrocedió. Entró otra vez en el banco. Quizás se acobardó y dio marcha atrás porque era de esos tipos atravesados por la mala suerte y la torpeza

que acompaña a los perdedores y extraviados. Los uniformados celebraron su arrepentimiento. Ese gesto de silenciosa derrota, desprovisto de desesperación o furia, de un hombre que se fue al mazo en la primera mano, les hacía pensar que la banda iba a rendirse en cuestión de minutos.

Ese mediodía del 13 de enero de 2006, cinco ladrones (después se sabría que otros dos estaban de apoyo fuera del lugar) intentaron robar el Banco Río de Acassuso.

Cuando llegó el teniente a cargo del grupo de fuerzas especiales Halcón, le preguntó a los policías que estaban detrás de las patrullas quién había llegado primero.

—El primero en llegar fue el cabo Medina, señor —le respondieron.

—Traigan a Medina ya —ordenó.

El cabo se acercó al teniente de los halcones y se presentó:

—Cabo Medina a sus órdenes, jefe.

—Cabo, dígame lo que vio.

—Mire, señor, me llamaron del Comando Radioeléctrico para que me apersonara en el banco por posible ilícito. Al llegar, me encuentro con uno de los delincuentes tratando de huir por la puerta principal, le di la voz de alto y logré que retroceda.

—Buen trabajo, cabo.

*

El negociador del Grupo Halcón era un experto. En otros casos le había ganado la pulseada a furiosos hampones. Era un implacable domador de fieras. Conocía la mirada rabiosa de un ladrón. Una mirada que a veces terminaba cubierta de lágrimas. Si él llegaba a fallar, la Bonaerense tenía otras cartas ganadoras: los tres francotiradores capaces de pegarle a una tapita de gaseosa que vuela a cincuenta metros.

De repente la puerta del banco se abrió y un hombre salió corriendo.

—¡No disparen! ¡Soy el sargento Serrano! ¡No disparen!

Serrano era el policía encargado de cuidar la entidad bancaria.

—¡Me dejaron salir, son muy peligrosos! ¡Están armados hasta los dientes!

El capitán del Grupo Halcón le preguntó:

—Sargento, ¿cuántos son?

—Vi a cuatro, tienen armas de puño y granadas —dijo Serrano mientras tomaba un sorbo de agua. Sostenía el vaso de plástico con la mano temblorosa.

—¿Granadas? Veo que no le sacaron su arma, sargento.

—Sí, me la sacaron pero luego me la devolvieron cuando me liberaron.

—Qué raro eso... qué raro —dijo el capitán mientras llevaba su dedo índice al mentón.

De a poco, uno de los bandidos comenzó a liberar rehenes. Para los investigadores, cada víctima rescatada era un punto a favor y los acercaba a un mejor desenlace.

Pero las horas pasaban. “Esto va a ser una masacre”. “Acá mandamos nosotros”. Esas eran frases que los policías no hubiesen deseado escuchar. Las pronunciaba otro de los ladrones, que vestía traje gris y se movía por el banco como si estuviera en su casa.

La situación empeoró. La manzana estaba rodeada por policías y un helicóptero daba vueltas por la zona. Los canales de televisión transmitían todos los detalles.

—Esto se define de un momento a otro —dijo uno de los pesquisas. Un periodista que hacía un móvil desde el lugar, lo tradujo con estas palabras: “Inminente final: los ladrones se entregarían”.

Las autoridades políticas temían que fuera una matanza. Por eso los policías se movían con cuidado. En el fondo, parecían más nerviosos y desgastados que los delincuentes.

Siete horas después, perdieron contacto con los ladrones.

Al final, llegó la orden:

—Entren como sea.

“La Policía irrumpe en el banco. Los ladrones siguen ahí”, tituló *Crónica* en una de sus placas rojas.

Los hombres fornidos del Grupo Halcón entraron con la decisión que parecía faltarle al ladrón encapuchado que salió a la calle con un rehén, cuando empezó todo esto. Corrían excitados, potentes, rápidos, fuertes, oliendo el sabor de la victoria —como el tigre que olfatea el camino hacia su presa antes de devorarla—, quizás pensando para sus adentros que iban a entrar en la historia policial. Por sus miradas llenas de fiereza, sus posturas (brazos y piernas que parecían moverse con rigidez robótica), no hacían otra cosa que representar los pasos de guerreros romanos trasplantados a este tiempo. Rompieron los vidrios con barras de hierro, y al entrar les llamó la atención el silencio que había en el banco. Ni llantos, ni gritos. Solo escuchaban los pasos de sus botas.

—Todos al piso.

Buscaron a los ladrones por todos lados. Subieron al primer piso pero solo había rehenes. Lo mismo en la planta baja.

—Seguro están en el subsuelo, vayan a ver —ordenó el jefe del operativo.

Pero sus hombres volvieron con las manos vacías. Otro grupo tampoco los encontró en el entrepiso.

—¿Buscaron por todos los rincones? —preguntó el jefe, aunque fue una manera de desahogarse porque estaba claro que esos agentes sabían lo que hacían. Tampoco tenían que encontrar una aguja en un pajar. Más bien buscaban un elefante en el bazar.

Afuera esperaban el final con los ladrones esposados y los uniformados como héroes. A unos les esperaba el ocaso. A otros las felicitaciones. ¿O iba a ser al revés?

Crónica volvió con otra placa roja y la marchita: “Los cacos estarían escondidos en el banco”. No pocos periodistas anticiparon que los rehenes corrían riesgos ante un hipotético tiroteo.

Cada puerta que se abría cerraba la posibilidad de encontrarlos.

En un momento pensaron que la banda podría estar mezclada entre los rehenes. Pero ninguno de ellos parecía capaz de robar un banco.

—No descartemos que estén entre las víctimas, hay que revisarles hasta el último pelo —ordenó el jefe.

Sus hombres dieron vuelta el lugar, centímetro a centímetro, con la desesperación del que se sabe derrotado pero no quiere asumirlo. Buscaron en los baños, en las oficinas, en los techos.

Nada.

Nada por aquí.

Nada por allá.

Los hampones se habían esfumado. Como los grandes escapistas. Era un truco a la altura de Mandrake, Houdini, Merlín y Fú-Manchú. Pero estos tipos no eran ilusionistas sino malandras que habían atravesado un puente imaginario desde el mundo visible hacia el mundo invisible. Un acto mágico sin público ni aplausos. Una actuación con el telón bajo. Y una desaparición destellante. Como alquimistas que habían podido materializar sus fantasías y huir con la piedra filosofal.

Los policías estaban atónitos, como los espectadores que asisten a una representación sublime de ilusionismo. Hubiesen deseado poder desaparecer al igual que los ladrones. Tener el don de la invisibilidad. Estos hombres que habían entrado como fieras, ahora debían salir como gatitos mansos. Tenían que dar la cara. A decir lo que nadie creía que podía pasar: los asaltantes no estaban. Todo volvía a cero. Se deshacía. Los francotiradores guardaron sus armas, el negociador hizo silencio, las sirenas de los patrulleros se apagaron.

Los delincuentes habían logrado lo que parecía imposible: escapar de una manzana blindada por trescientos policías. Ese día fue la manzana más custodiada del país.

En la bóveda, los efectivos encontraron un aparato que podría ser un explosivo. Pero los expertos lo analizaron y era un simple objeto tan inofensivo como una cáscara de nuez.

¿Estos hombres eran invisibles como los átomos? ¿Conocían un pasaje a la cuarta dimensión? ¿El banco tenía una puerta trampa como algunos escenarios de teatro?

La mayoría de las cajas de seguridad estaban vacías. También había una nota poética que sorprendió a los investigadores.

—Se burlaron de nosotros. Estos tipos son unos hijos de puta —protestó uno de los policías.

—No, no son hijos de puta. Son magos o extraterrestres —le respondió el jefe. Y enseguida salieron a la calle, cabizbajos, a enfrentar a la sociedad, a tratar de explicar lo que hasta ese momento no tenía explicación.